



ISBN: 978-607-02-0409-8

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iisue.unam.mx/libros

Rosalina Ríos Zúñiga (2008)

“Rito y retórica republicanos. La formación de los
ciudadanos en el Instituto Literario de Zacatecas,

1837-1854”

*en Cátedras y catedráticos en la historia de las universidades
e instituciones de educación superior en México. II.*

De la ilustración al liberalismo,

María de Lourdes Alvarado, Leticia Pérez Puente (coords.),

IISUE-UNAM, México, pp. 209-230.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

Rito y retórica republicanos. La formación de los ciudadanos en el Instituto Literario de Zacatecas, 1837-1854

Rosalina Ríos Zúñiga

IISUE-UNAM

Las ceremonias de entrega de premios a los alumnos del Instituto Literario de Zacatecas eran descritas en folletos alusivos al caso con una serie de imágenes alegóricas, entre las que se encontraban, “Fiesta de la Juventud”, “olvido del pasado”, “ensueño del porvenir”. Ellas indicaban el objetivo de los festejos en los que los estudiantes más sobresalientes recibían de las autoridades los premios a los que se habían hecho merecedores gracias a sus “triumfos inocentes”.¹ Estas ceremonias comenzaron a ser celebradas en el nuevo régimen, en la ciudad de Jerez, donde fue inaugurado el establecimiento literario en 1832.² La consolidación de estas fiestas ocurrió, sin embargo, a partir de 1838, cuando el Instituto comenzó a funcionar en la ciudad de Zacatecas.³ El peso de la ciudad contó y fue en ella donde esas

- 1 Las listas de alumnos que presentaron exámenes públicos se encuentran en los diferentes informes del Instituto Literario de 1844 a 1852, que se resguardan en el Fondo Lafragua de la Biblioteca Nacional. También invitaciones y programas pueden consultarse en Archivo Histórico del Estado de Zacatecas [en adelante citado como AHEZ], Fondo Jefatura Política, Serie Instrucción Pública, Subserie Generalidades, caja 2 y 3; en Fondo Poder Legislativo, Serie Instrucción Pública, 1839-1853, caja 1, y Serie Actas de Sesiones, años 1832-1833, caja 6, ff. 86v-87.
- 2 La historia del Instituto puede seguirse en Rosalina Ríos Zúñiga, *La educación de la colonia a la república. El Colegio de San Luis Gonzaga y el Instituto Literario de Zacatecas, 1754-1854*, México, CESU/Ayuntamiento de Zacatecas, 2002.
- 3 *Informe del Instituto Literario al Superior Gobierno del Departamento por lo relativo al año escolar concluido el 23 de Agosto de 1845*, Zacatecas, Imprenta del Gobierno a cargo de A. Villagrana [en adelante sólo citado como Informe, 1845]..

celebraciones cobraron más fastuosidad. ¿Cuál era el sentido de esas ceremonias? ¿Qué significado tenían para los participantes en ellas? ¿Qué importancia política tenían?

En las últimas dos décadas, la historiografía sobre el siglo XIX ha comenzado a enfocar el problema de la construcción de una nueva cultura política en el tránsito de la Colonia a la República en México y América Latina.⁴ Los trabajos sobre el tema ya son abundantes; sin embargo, pocos son los que han tratado de enfocar los mecanismos de creación y difusión de esa nueva cultura política desde las instituciones de instrucción superior, y más en concreto en el caso de México, desde los establecimientos considerados como la gran novedad del siglo XIX: los institutos literarios.⁵

En este trabajo se analizan las ceremonias de fin de cursos del Instituto Literario de Zacatecas desde esta nueva perspectiva. La hipótesis que se maneja es que éstas tuvieron un papel central en la construcción de una nueva cultura política; es decir, en la formación de los “ciudadanos letrados” de la República, e incidieron también profundamente en la conformación del espacio público moderno durante la primera mitad del siglo XIX. Los años que sirven de marco para nuestro análisis son los que transcurren entre 1837 y 1854, lapso en el que la forma de gobierno adoptada por las elites fue primero la República central y después la federal. Durante la primera es identificable cierto consenso entre los grupos políticos locales,

4 Los trabajos que exploran la construcción y difusión de una nueva cultura política son abundantes. Entre las diversas perspectivas que han sido abiertas para abordar dicha problemática quizá la más fructífera sea la iniciada por François-Xavier Guerra. Por ejemplo, pueden verse los libros colectivos François-Xavier Guerra y Mónica Quijada, *Imaginar la Nación*, Munster-Hamburg, AHILA, 1994; Annino, Antonio, Luis Castro Leiva y François-Xavier Guerra (eds.), *De los imperios a las naciones en Iberoamérica*, Zaragoza, España, Ibercaja, 1994; Guerra, François-Xavier, Annick Lempérière, et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Fondo de Cultura Económica, 1998; Hilda Sabato (ed.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1999. Del conjunto de trabajos, sólo tres enfocan esa creación y difusión desde las instituciones de instrucción pública.

5 Una clara excepción es el trabajo de Annick Lempérière, “La formación de las elites liberales en el México del siglo XIX: Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca”, en *Secuencia*, núm. 30, 1994, pp. 57-94.

mientras que, en la segunda, se advierte la crisis profunda y el rompimiento entre ellos. Ambos momentos quedaron reflejados en los ritos y retórica republicanos transmitidos y practicados en los festejos de fin de cursos que forman el objeto central del presente trabajo.

El presente apartado está dividido en tres partes. En el primero se describen a grandes rasgos las ceremonias de fin de cursos del Instituto, se identifica a los actores sociales y políticos participantes en ellas y también las prácticas rituales que allí se seguían. En el segundo, se analizan diversos tropos y metáforas manejados en las oraciones y discursos cívicos pronunciados por las autoridades, los profesores y aun los propios alumnos en esos festejos. Esa retórica tenía que ver con la formación ciudadana, la construcción del Estado-nación y de la identidad local y nacional. Finalmente, en el tercero se apunta el carácter e incidencia que las ceremonias analizadas tuvieron en el desarrollo del espacio público moderno en Zacatecas.

Las fuentes utilizadas en este trabajo son un conjunto de materiales impresos localizados en diferentes acervos, como el Archivo General de la Nación, el Fondo Lafragua de la Biblioteca Nacional de México, el Archivo de Zacatecas y la Biblioteca Pública de Jalisco. Se trata sobre todo de los informes de labores de la institución y de las oraciones y discursos cívicos leídos en las ceremonias de fin de cursos.

FIESTA Y APRENDIZAJE CIUDADANOS EN EL INSTITUTO

El Instituto Literario de Zacatecas comenzó a funcionar en la ciudad de Jerez en 1832; sin embargo, el auge que experimentó durante la primera mitad del siglo XIX vino más tarde, cuando las cátedras fueron trasladadas por orden de las autoridades a la capital del estado, en 1837. Precisamente, como se apuntó en el inicio, allí cobraron mayor fastuosidad las ceremonias de fin de cursos y por eso los testimonios más elocuentes proceden de esa época. Pese a que se cuenta sólo con documentos oratorios de 1844 en adelante, en ellos se encontraron menciones a las ceremonias pasadas que

sugieren su continuidad y la práctica de un esquema similar desde sus inicios. En esas fuentes están basadas las descripciones y el análisis que sigue.⁶

En 1845, el patio de la casa de gobierno, lleno de luces y adornado para la ocasión, estaba listo para recibir a los numerosos invitados a la ceremonia en la que serían premiados los estudiantes más sobresalientes del Instituto Literario.⁷ En realidad se trataba de dos ceremonias: una consistía en la examinación pública de los alumnos seleccionados; la segunda era ésta, la fiesta, el festejo y la entrega de premios en medio de música, poesía y la lectura de los discursos. La audiencia participante estaba compuesta de autoridades, profesores, estudiantes, padres de familia y público en general. Una “concurcencia de aparato”, como la llamó el director Teodosio Lares en 1845, en la cual, incluso, “el sexo de la belleza la ostentaba en medio de sus galas y atavíos”.⁸ El festival o, como era llamado oficialmente, el acto o certamen literario era una de las fiestas cívicas de Zacatecas y permitía, seguramente, salir de su rutina habitual a los habitantes de la ciudad. Sobre la realizada en 1845, dijo el director del Instituto que “sin duda había sido el [acto] más solemne” de los seis celebrados hasta ese momento.

La ceremonia era realizada en distintos lugares cada año debido a que el Instituto no contaba con un local adecuado: el coliseo, el teatro, el salón municipal o el recinto del gobierno podían ser las sedes. Esa fiesta, no por cierto la única del calendario escolar, pero sí

6 Entre la documentación consultada encontré varias dedicatorias e invitaciones a la ceremonia de premiación anteriores a 1844. Por ejemplo, en 1834, el alumno Gabriel García Elías dedicó su acto de filosofía al Consejo de Gobierno; en 1838, el secretario de Gobierno, J Gregorio de Llamas, notificó sobre la celebración del acto al jefe político de la capital para que asistiera con todos los miembros del Ayuntamiento; en 1842, el estudiante Jesús Ruelas dedicó su acto a la Asamblea Departamental. Puede entenderse entonces que sí había actos de los diferentes cursos, hubo ceremonias de inauguración y clausura, así como de exámenes y premiación durante todo el periodo comprendido entre 1832 y 1843. La excepción debió ser en 1836, cuando se hicieron los arreglos para el traslado de los cursos del Instituto de la ciudad de Jerez a la de Zacatecas. Véase AHEZ, Fondo Jefatura Política, Serie Instrucción Pública, Subserie Generalidades, diferentes cajas; Fondo Poder Ejecutivo, Serie Gobernador, caja 4, y también Fondo Arturo Romo Gutiérrez, Serie Folletos.

7 *Informe*, 1845, p. 25.

8 *Informe*, 1845, p. 28.

la más fastuosa, era el marco adecuado para practicar y transmitir ritos, símbolos y la retórica de la nueva cultura política republicana.⁹ En esa perspectiva, la ceremonia del Instituto debe entenderse como uno de esos ritos requeridos para el ejercicio del poder.

Las fiestas escolares que año con año se celebraron en el Instituto no eran nuevas, puesto que las universidades y colegios del antiguo régimen practicaban actos semejantes.¹⁰ Las diferencias estaban en los ritos, los símbolos y la retórica utilizados, pues los políticos republicanos adecuaron viejas prácticas a nuevos fines. Las formas “republicanas” quedaron estatuidas en el “Reglamento para el gobierno interior del Instituto”, allí se hablaba de las condiciones para alcanzar el honor del “amor de la gloria en las ciencias y en las artes”.¹¹ También fueron definidas en él las responsabilidades de los estudiantes que participaban en los actos literarios. Los mejores estudiantes de dos de las academias del Instituto, la de jurisprudencia o la de humanidades, eran seleccionados por la Junta de Profesores¹² para preparar y presentar un examen público. Los agraciados decidían entonces a quién dedicar su acto. El gesto recaía generalmente en una autoridad pública local, individual o colectiva: en el primer caso podía ser el gobernador, algún miembro del Congreso local, el comandante general o algún político zacatecano que estuviera ac-

9 La otra era la ceremonia de inicio de cursos en la que el director o alguno de los profesores generalmente leían discursos ante la asistencia de alumnos, padres de familia, autoridades civiles y eclesiásticas, y público en general. La entrega de premios tenía lugar en agosto de cada año, una vez que terminaban los cursos. La inauguración del año escolar ocurría en octubre, el día de San Lucas. Ceremonias similares eran celebradas en los establecimientos educativos de los otros estados. Véase Annick Lempérière, “La formación de las elites liberales en el México del siglo XIX: Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca”, en *Secuencia*, núm. 30, 1994.

10 Durante la Colonia, las constituciones de San Luis Gonzaga establecían para el acto de Estatuto de fin del año escolar la presentación de exámenes ante el rector, vicerrector y sinodales (siempre eran los presidentes de Academia), amén de todos los individuos del Colegio, hasta alcanzar el honor de presentar el acto; ése era el premio. Cabía la posibilidad de que alguien se hiciera merecedor a tal honor sin presentar exámenes, pero no era la norma general. Véase Lynn Hunt, *Politics, culture and class in the French revolution*, Berkeley, California, University of California Press, 1984, p. 55; también Rosalina Ríos Zúñiga, *La educación de la colonia a la república. El Colegio de San Luis Gonzaga y el Instituto Literario de Zacatecas, 1754-1854*, México, CESU/Ayuntamiento de Zacatecas, 2002 (capítulo IV).

11 *Informe*, 1845, p. 28

12 *Informe*, 1847, p. 50.

tuando en el Legislativo nacional. En el segundo, cabía esperar la elección del Congreso, el ayuntamiento, la Asamblea Departamental o alguna otra corporación. Una vez aceptada la dedicación y la participación en el festival, el “padrino”, que era la autoridad, ofrecía al estudiante un regalo que era generalmente uno o varios libros, dependiendo del desempeño público del estudiante.

Los libros entregados como premio estimulaban el esfuerzo de los estudiantes. Los títulos y autores, por lo demás, reafirmaban las doctrinas aprendidas en las aulas, la moral que se deseaba promover y la religión que se deseaba mantener. Los títulos incluían a los clásicos, por ejemplo: Plutarco, y su *Vidas ejemplares*; de Ovidio, *La metamorfosis*; de Cicerón, los *Discursos*, y de Fedro, sus *Fábulas*. Obras como *El espíritu de las leyes* de Montesquieu, *La democracia de la América* de Tocqueville o *Economía Política* de Destutt de Tracy, aunque, esporádicamente, también eran incluidas como regalos. Los títulos más frecuentemente obsequiados eran los relacionados con el derecho civil y canónico, con la teología y la historia.

La repetición anual del “festival” permitía la práctica y transmisión de esquemas y actitudes que se consideran importantes en el reconocimiento y afirmación de las nuevas lealtades.¹³ La lealtad más inmediata era aquella entre gobernantes y gobernados; entre los ciudadanos ilustrados y sus representantes: los estudiantes de la institución republicana debían rendir pleitesía y honra a sus superiores. Los santos o las creencias de la religión católica nunca

13 En la Colonia, las prácticas similares seguidas en el Colegio procuraban enseñar a los alumnos las lealtades que debían guardar, la más importante era la fidelidad debida al rey. En este caso, se trataba de la asistencia cada año, el día del Soberano, a la celebración de una misa y comunión general. Una más era la concurrencia del rector o vicerrector y alumnos seleccionados al besamanos ante el virrey o vicepatrono, cuando se presentara la ocasión. También debían atender al repique, siempre con solemnidad, que hacía a la iglesia matriz cuando llegaban noticias sobre la salud del rey. La continuidad de prácticas simbólicas pueden encontrarse en muchos otros aspectos. Hunt, por ejemplo, lo hace en relación con algunas prácticas políticas de la Revolución francesa con prácticas seguidas en el antiguo régimen. Véase Lynn Hunt, *Politics, culture and class in the French revolution*, Berkeley, California, University of California Press, 1984, p. 55; también Rosalina Ríos Zúñiga, *La educación de la colonia a la república. El Colegio de San Luis Gonzaga y el Instituto Literario de Zacatecas, 1754-1854*, México, CESU/Ayuntamiento de Zacatecas, 2002 [capítulo IV].

fueron objeto de alguna dedicación mas, invariablemente, se agradecían los bienes recibidos al “Ser Supremo”. En cambio, los alumnos escogieron una y otra vez a los representantes del gobierno en turno, pues éstos debían ser objeto de continuo reconocimiento y honra por parte de los alumnos. Entre ellos, la figura más importante solía ser el gobernador, por eso los estudiantes le dedicaron frecuentemente los actos. Uno de ellos fue el modelo a seguir: García Salinas, quien fue elevado, a su muerte, a la categoría de héroe, y además considerado el fundador de la institución.¹⁴

La elección del gobernador como padrino o como sujeto de homenaje mostraba que el paternalismo era la base de esta lealtad republicana. En 1845, el director informó sobre la “augusta solemnidad” en la que con la presencia del jefe del Estado, “rodeado de todas las autoridades y corporaciones”, y en medio de la más brillante concurrencia, “distribuyó con noble agrado entre los alumnos los premios que merecieron por sus adelantos”. La figura de ese padre despertaba el estímulo de los hijos quienes, ante ella, cobrarían fuerza para ser capaces de todo. La presencia del jefe de Estado sólo podía excitar “al estudio de las ciencias y las artes con *el ejemplo de los pueblos y naciones* que en ellas han cifrado su gloria”.¹⁵ Era parte de la “civilización del presente siglo mirar al Jefe de Estado en medio de la juventud escogida, empeñado en encumbrar las ciencias a la mayor altura para preparar los futuros destinos de la patria”.¹⁶ ¿Cuáles otros valores debían aprender a reconocer, practicar y defender esos jóvenes, los futuros ciudadanos letrados?

A la lealtad inmediata al gobernador y autoridades locales, los futuros ciudadanos aprendían la importancia de la “ilustración” que recibían para el ejercicio político en un gobierno republicano.

14 Sobre la elección de Francisco García Salinas como héroe local véase Rosalina Ríos Zúñiga, “Making citizens: civil society and popular mobilization in Zacatecas, 1821-1853”, tesis doctorado en historia, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 2002 [capítulo V].

15 *Informe*, 1845, p. 27.

16 *Distribución de premios hecha por el Exmo. Sr. Gobernador Don Marcos Esparza a los alumnos del Instituto Literario la noche del 28 de agosto de 1844*, Zacatecas, Impreso por Aniceto Villagrana [en adelante sólo citado como *Distribución de premios*, 1844].

Así lo expresó el director, Teodosio Lares, en 1844: “que perfeccionados los jóvenes, ciñan sus sienes con la corona de oro del verdadero saber, vistan el manto de los variados colores de las ciencias, obtengan las guirnaldas de la literatura, y colocados en los puestos de la República a que los destine la Providencia se hagan dignos de gloria y de inmortalidad”.¹⁷

La insistencia en el valor de la inteligencia, del desarrollo del conocimiento, sin embargo, no sólo buscaba convencer a los estudiantes sobre su papel como modernos atletas o soldados sino, quizá más importante, persuadir a las autoridades de la necesidad de continuar el apoyo a ese proyecto educativo, a esa institución. La creencia era que, en la República, los jóvenes debían prepararse para cumplir su futuro papel en la vida política. Los profesores debían persuadir a los gobernantes de la importancia que la educación tenía para el Estado; los gobernantes debían cumplir con el respaldo a la instrucción pública, y los estudiantes, los futuros ciudadanos, necesitaban rendir honor a sus representantes, aprender y practicar los ritos republicanos.

LAS PALABRAS

En ese entramado de ritos, las palabras siempre jugaron un papel importante, pues el lenguaje, como los ritos y los símbolos, forma parte de la cultura política. Los estudiantes y profesores usaban esa retórica para hacer llegar veladamente sus necesidades y peticiones a los gobernantes, así fue dicho por un orador en una ceremonia de premiación:

Lo mismo que a las ciencias, necesaria
Le es la protección, como a las flores
Le es el jardinero, y a la nave
Diestro piloto que su vuelo guíe...

¹⁷ *Distribución de premios*, 1844, p. 7.

Los discursos de los profesores, su retórica modernizante y republicana, cerraban con broche de oro, finalmente, el rito, la fiesta de entrega de premios.

La retórica de los discursos presentados por los profesores manifestaba la ambigüedad propia de la tradición ilustrada y liberal española.¹⁸ Esa ambigüedad queda de manifiesto con la serie de tropos que se manejaban continuamente, entre los que estaban la religión, el paternalismo, la fe en la ilustración y el progreso. El lenguaje era utilizado también en la exaltación de los héroes y era parte de las herramientas para emprender o continuar la construcción simbólica de la patria y de la nación. Las palabras eran igualmente necesarias para aludir a la belleza y a la riqueza que estaban encerradas en el territorio nacional o para poner sobre aviso a los estudiantes de los peligros que amenazaban a México.¹⁹ En ese sentido puede decirse que los dirigentes políticos, los profesores y los estudiantes que participaron en las festividades procuraron decirlo todo con tropos, con metáforas y con imágenes alegóricas.

Una de esas imágenes metafóricas, sin duda la más importante, era la del *amor de la gloria*, a la que debían aspirar los jóvenes estudiantes. ¿Y qué era el amor de la gloria? En términos retóricos, los profesores y políticos decían: “¡ Poder inmenso, y benéfico el de la literatura, que consagra sus trabajos a ilustrar a los hombres y a mostrarles el camino de la verdadera gloria!”²⁰ Ese *amor a la gloria*, metáfora repetida una y otra vez a los jóvenes, no era sólo “el amor a las ciencias”; es decir, en el lenguaje de la época, a la literatura que se alcanza con el estudio, que daba laureles mucho más valiosos que aquellos que podía dar la guerra. Ese amor a la gloria era toda una ética y actitud que debían procurar seguir los estudiantes,

18 Richard Herr, *The eighteenth century revolution in Spain*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1967; David Brading, *First America: Spanish monarchy, Creole patriots, and the liberal State, 1492-1867*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991.

19 El mismo tipo de tropos, de imágenes y símbolos pueden encontrarse en los discursos pronunciados por los profesores del Instituto Literario de Oaxaca. Véase Annick Lempérière, “La formación de las elites liberales en el México del siglo XIX: Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca”, en *Secuencia*, núm. 30, 1994, pp. 64 y 72-73.

20 *Distribución de premios*, 1844. p. 54.

pues a aquellos que quisieran alcanzarla les prometía recompensas invaluableles que no debían rechazarse. El *amor a la gloria*, que podía alcanzar el héroe moderno, es decir, el estudiante de una “institución civilizadora”, por su sabiduría, por su genio y no por la fuerza, como sucedió frecuentemente en la antigüedad clásica, tenía que ver, de acuerdo con José Murilo de Carvalho, con la orientación utilitarista de la República²¹ que se estaba forjando. La frase fue recreada por Alexander Hamilton,²² uno de los ideólogos de la independencia de Estados Unidos, para resolver la tensión latente, el conflicto en la concepción utilitarista de lo público, que estaba en la base de la forma republicana propuesta para la nueva y moderna nación.

El amor a la Gloria, a la fama debía entenderse como la salida combinada a dos aspiraciones de la modernidad: la persecución de los intereses públicos y la de los intereses privados. Los estudiantes, al recibir el mensaje del *amor a la gloria*, aprendían que la República necesitaba su esfuerzo, y que debían sobresalir, destacar, prepararse individualmente. Esa preparación cobraba sentido y no era un acto meramente egoísta o privado, cuando lo dirigían al bien común, lo hacían por el bien público. El *amor a la gloria* no era algo abstracto, pues pasaba a ser concreto cuando lo ponían al servicio de la sociedad, de la patria, de la nación, cuando se reconocía a ésta como el objetivo final por el que se trabajaba.²³

21 José Murilo de Carvalho, *A formação das almas. O imaginário da república no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1990, pp. 18-19.

22 Alexander Hamilton nació en 1757 en la isla de Newis. En la guerra de Independencia de las trece colonias, Washington lo distinguió haciéndolo uno de sus seis ayudas de campo. Asistió al primer congreso del continente y fue uno de los prominentes constructores de la nueva nación americana. Firmó la ratificación de la primera Constitución y, bajo el seudónimo de Publius, fue coautor con John Jay and James Madison de varios periódicos federalistas; fue uno de los más importantes colaboradores de Washington bajo su mandato y autor de varios de sus discursos. También fue líder del Partido Federalista y enemigo por algún tiempo de Thomas Jefferson. Murió en 1804 en Nueva York a causa de una herida provocada en un duelo.

23 Este análisis sobre la metáfora del amor a la gloria, que nos lleva a precisar el tipo de moral cívica que se trataba de transmitir a los alumnos, lo realicé antes de conocer el excelente texto de Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana —Tratado de moral pública—*, México, FCE, 1992. En ese libro, Escalante precisa las tres diferentes tradiciones que conforman el modelo cívico con el que se supone debe actuar un ciudadano en una república y que, finalmente, “provoca la mayoría de los dilemas y conflictos morales que se dan en la vida pública”, que son,

Los ejemplos del amor a la gloria se tomaban de las repúblicas antiguas: Grecia y Roma. Éstas, tomadas como punto de referencia constante por los profesores y alumnos, eran los objetos de culto; visiones simbólicas de los valores cívicos y políticos que se quería inculcar a los estudiantes. La primera por su austeridad espartana y la segunda por el sentido de sacrificio de sus ciudadanos. El neoclasicismo había iniciado en Francia y los revolucionarios franceses lo utilizaron en la construcción de su nueva cultura política.²⁴ En Zacatecas, hemos visto antes, la cultura política local mostraba influencia y facturas de esas raíces neoclásicas que fueron seguidas en todo México.²⁵

Los modelos de república antigua no eran los únicos considerados, pues también eran tomadas en cuenta las nacientes repúblicas modernas, Francia y Estados Unidos. El caso francés era especial porque de él se bebieron muchos de sus símbolos, su retórica y de sus alegorías revolucionarias, mas a la vez era considerado y temido como un modelo negativo de República, sobre todo cuando se pensaba en sus inclinaciones jacobinas, populares, de democracia directa. En el caso de Estados Unidos, la utilización de la frase “el amor a la Gloria”, el concepto de padres fundadores que se aplicaba a los dirigentes zacatecanos, así como el ideal de la democracia representativa para la que se preparaba a los alumnos del Instituto, dicen mucho sobre los aspectos que eran considerados ideales de esa República.

la tradición republicana, la liberal y la democrática. De estas tres tradiciones, que terminaban fundidas en la moral pública de los mexicanos, aquella que se transmitía en las escuelas y colegios o institutos era la tradición republicana, como se puede seguir en la presente ponencia. La disección de Escalante sobre esas tres tradiciones me ayudó, pues, a afirmar mi interpretación.

24 Lynn Hunt, *Politics, culture and class in the French revolution*, Berkeley, California, University of California Press, 1984, pp. 87-119; José Murilo de Carvalho, *A formação das almas. O imaginário da república no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1990, pp. 10-12; George Lomné, “Revolución francesa et rites bolivariens: examen d’une transposition de la symbolique republicaine”, en *Cahiers des Ameriques Latines* núm. 10, 1990, pp. 159-175.

25 Véase por ejemplo Annick Lempérière, “La formación de las elites liberales en el México del siglo XIX: Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca”, en *Secuencia*, núm. 30, 1994, y Brian Connoughton, “Ágape en disputa: fiesta cívica, cultura política regional y la frágil urdidumbre nacional antes del Plan de Ayutla”, en *Historia Mexicana*, núm. 45, 1995, pp. 281-314.

Las historias de esas repúblicas, ya sean antiguas o modernas, a las que eran introducidos los estudiantes en la academia de literatura y bellas letras, les ofrecían lecciones para el presente que vivían y para el futuro que esperaban alcanzar. Tanto profesores como alumnos escribían sus discursos y composiciones partiendo de esas historias en las que ambos, además de mostrar sus habilidades retóricas y oratorias, aprendían las virtudes que debían practicar los ciudadanos. En los años subsecuentes, profesores y alumnos continuaron utilizando los clásicos antiguos y modernos como ejemplos históricos. El acento en las historias de Grecia y Roma se mantuvo positivo y constante, no así en la de Francia y mucho menos después de 1845 en Estados Unidos, la nación “civilizada e ilustrada” que tanto daño haría a la nación. Pero, ¿existía esa nación, o qué era en esos momentos? ¿Cuáles eran las imágenes que de ella se transmitían a los alumnos? A continuación se analizará brevemente este problema.

La construcción de la nación en Zacatecas

La construcción ideológica de Zacatecas y de la nación moderna estaba en proceso en aquellos años. La homogeneización mediante la educación era una de las vías para crear esa nación. Por eso, los profesores debían transmitir a los estudiantes la idea de que pertenecían como ciudadanos a una región, Zacatecas, aunque también que eran parte de algo más grande: México. En primer lugar, los jóvenes estudiantes debían reconocer a su suelo y a los dirigentes locales, se tratara de muertos o vivos, de quienes recibían el mayor beneficio y a quienes tenían el deber de retornarlo. Así fue expuesto por un profesor en una poesía leída a los estudiantes:

Más nunca olvidéis que a Zacatecas
Y a los que rigen su destino triste
Esa dicha es debida: y cuando al lado
Vuestro miréis la imagen de GARCÍA

Contempladlo y decid: “era mi padre.”
Si algún día algún laurel os adornare,
Con vuestros protectores divididlo.
!Nunca la gratitud falte en vosotros,
Nunca dejéis de repetir sus nombres!²⁶

A Zacatecas y a su gobierno porque “ama y protege las ciencias y las letras; las letras y las ciencias inmortalizaran su gloria”.²⁷ Enseguida, a los estudiantes se les inculcaba el reconocimiento a la nación y, con esa intención un estudiante, futuro personaje de la política zacatecana, recordó a sus compañeros su nacionalidad, en 1844:

¡Que vuestros nombres inmortales sean!
Más recordad también que al patrio suelo
Lo debéis todo, y vuestra gloria es suya:
Porque sus hijos sois, sois mexicanos...

A esa nación que, ciertamente antes de 1845, como señala Brian Connaughton, constituía todavía un tejido que “no acaba [ba] por apretarse”,²⁸ los profesores y estudiantes procuraban cantarle y loarla con entusiasmo porque era necesario que creyeran en ella y en sus posibilidades para el futuro. Por eso, Vicente Hoyos, un profesor del Instituto, afirmó en un poema:

Himnos cantáis a la adorada patria,
A mi patria adorada porque el día
Se acerca ya de su poder y gloria
Y entonces, entonces su precioso nombre
Será con entusiasmo repetido:
La admirarán los pueblos de la Europa:

26 *Distribución de premios*, 1844, p. 65. El autor fue el profesor Octaviano Pérez.

27 *Alocución pronunciada por el Sr. Director del Instituto Literario magistrado D. Teodosio Lares*, Zacatecas, impreso por Anastasio Villagrana, 1845.

28 Brian Connaughton, “Ágape en disputa: fiesta cívica, cultura política regional y la frágil urdumbre nacional antes del Plan de Ayutla”, en *Historia Mexicana*, núm. 45, 1995, p. 282.

El emporio será de la cultura;
Y ésta será mi dicha mi ventura,
Aunque mi nombre yazga en el olvido.²⁹

La patria, México, tenía en esos hijos los futuros dirigentes políticos, sus más fundadas esperanzas, así lo dijo en un exhorto poético a los estudiantes el profesor del Instituto, Octaviano Pérez:

Míralos, patria, en sus sienes
El laurel modesto ondea,
Allí tu vista recrea...
Oh! ¡Qué hermosos hijos tienes!

La preparación que recibían los estudiantes en el Instituto tenía que rendir frutos para hacer feliz a Zacatecas y a la nación por el camino de la gloria:

Ellos te darán contento,
Calmarán tu sufrimiento
No olvidando ni un momento
Lo que te deben a ti.
¿No es verdad que sí algún día
Regis a la patria mía,
Le daréis grata alegría?....
!Pues bien, digamos aquí:
¡Viva la patria! Tan solemne grito
Quien yerto escuche o repetir no quiera,
Bajo el desprecio y la ignominia muera
Del hombre odiado y de su Dios maldito.³⁰

29 *Poema*, Vicente Hoyos, Zacatecas, agosto 28 de 1844.

30 "A la patria", composición leída en la solemne distribución de premios, que se hizo el día 28 de agosto de 1845, a los alumnos del Instituto Literario de Zacatecas.

Sin embargo, no se estaba ciego antes los problemas que enfrentaba México desde que inició su vida independiente y que se habían agudizado entonces. Los estudiantes debían saber eso. En la ceremonia de inauguración de los cursos del Instituto, en octubre de 1845, meses antes de que iniciara la invasión estadounidense, se preguntaba un profesor ante los estudiantes: “¿Qué le falta, pues, a este privilegiado pueblo para ser el más opulento y feliz de cuantos habitan la superficie de nuestro globo?” La respuesta, desde su perspectiva como letrado, era simple: le faltaba la ciencia: “Ah! Que a esta pregunta todos me responden: porque sin ciencia no hay habilidad, y sin habilidad no hay riqueza: sin ciencia no hay ilustración, y *sin ilustración seremos siempre tributarios de las naciones que nos aventajan en conocimientos*. Nuestros metales preciosos pasarán a fecundar los terrenos de la industria de pueblos extraños, sin que la nacional participe ni de una sola gota de tan caudalosa corriente”.³¹

México, parece entender ese profesor, tendría un papel dependiente como productor de materias primas, si la ciencia no era impulsada. Las soluciones parecían estar al alcance de la mano: primero, en la modernización de los conocimientos; es decir, en la ilustración, pues ella traería el progreso. Los jóvenes debían prepararse, ilustrarse para hacer posible que México, que su patria, alcanzara por fin el lugar que su nueva situación independiente le tenía prometido y reservado en la era moderna. Segundo, en la colonización, pues el peligro de que México pudiera ser presa de “las naciones poderosas” se percibía como latente:

la patria necesita de la difusión de las luces: necesita de hijos ilustrados que lleven adelante las mejoras sociales, abriendo las puertas de la república a todos los hombres honrados e industriosos de cualquiera parte del mundo, *porque mientras su suelo exista*

31 *Discurso inaugural pronunciado por el Sr. Lic. D. Mariano Fernández Sansalvador en el Instituto Literario de esta capital en la solemne apertura de las lecciones de dicho establecimiento, cuyo acto presidió el Exmo. Sr. Gobernador con asistencia de las autoridades y corporaciones civil, eclesiástica y religiosa*, Zacatecas, Impreso por Aniceto Villagrana, 1845, p. 60 [en adelante solo citado como *Discurso Inaugural*, 1845. Las cursivas son de la autora].

*yermo y despoblado como hoy se encuentra, jamás los mexicanos seremos ricos ni poderosos: no siendo poderosos no seremos fuertes, y faltándonos la fuerza no lograremos ver respetados nuestros derechos, ni gozaremos de una verdadera independencia.*³²

Así, la formación ciudadana o socialización política de los jóvenes quedaba completa, pues al aprendizaje de conceptos, símbolos y ritos sobre la ilustración, el progreso, la modernidad, la república y la nación, los estudiantes agregaban, mediante la retórica de sus profesores y por su propia experiencia de vida, la situación del momento. Ellos, esa elite que se prepara para los futuros políticos, la elite letrada, debían adquirir los medios que daba la educación para tratar de revertir la situación de Zacatecas y de la nación que se trataba de formar. Sin embargo, las divisiones entre los individuos comenzaron a agudizarse y condujeron a todos por un cause diferente.

EL ESPACIO PÚBLICO

Hasta aquí, hemos seguido el desarrollo y la forma como era creada y transmitida una nueva cultura política republicana a los jóvenes estudiantes que atendían las aulas del Instituto. La socialización política de los alumnos, sin embargo, no fue la única función de la institución, pues ese medio apuntaló, como otros, la formación del espacio público moderno en Zacatecas. En efecto, siguiendo a Escalante, “la idea del espacio público es la de un conjunto de mecanismos para tratar con los problemas colectivos”.³³ En este caso, esos

32 *Discurso Inaugural*, 1845, pp. 60 y 64. Las cursivas son mías. El tema de la necesidad de colonizar las extensas zonas despobladas de México por el peligro de conquista de los estadounidenses, también era manejado en otras regiones. Por ejemplo, en discursos que se dijeron en Guadalajara en 1843. Véase Brian Connaughton, “Ágape en disputa: fiesta cívica, cultura política regional y la frágil urdidumbre nacional antes del Plan de Ayutla”, en *Historia Mexicana*, núm. 45, 1995, pp. 293-294.

33 Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana —Tratado de moral pública—*, México, FCE, 1992, p. 35.

festejos dieron a los grupos políticos otro espacio de comunicación que utilizaron para tratar temas generales que les preocupaban en esos momentos y para dirimir su interés de grupo en su lucha por el poder. Los profesores —parte de la elite política— y las autoridades aprovecharon esa tribuna para apelar al público asistente, formado de estudiantes, autoridades y público en general, pues buscaban crear consenso y ganar adeptos a sus causas. En este sentido, las ceremonias muestran ser un reflejo fiel de la época, pues los discursos permiten rescatar y reflexionar sobre las problemáticas locales y nacionales que aquejaban en esos años a los grupos y facciones políticas de México, como veremos a continuación.

El grupo de discursos que analizaremos enseguida está constituido por aquellos que fueron pronunciados en las ceremonias de premiación del Instituto después de 1848. En ellos, el tono y contenido muestran la forma como incidió en los grupos e individuos, el parteaguas que significó la invasión estadounidense y los acontecimientos europeos contemporáneos. Junto con estos sucesos, en la retórica puede percibirse la forma como pesaron en las elites la serie de problemas locales que aparecieron en el horizonte entre 1848 y 1850, pues éstos terminaron por definirlos y los llevaron a radicalizar sus posturas político-ideológicas.

La retórica de la desesperación

Entre 1850 y 1852, las ceremonias de premiación del Instituto Literario presentaron algunos aspectos y actores distintos respecto a los de los años anteriores, que indicaban cambios en varios sentidos. Un nuevo director fue nombrado en 1850: Vicente Hoyos, y junto con él hubo nuevos profesores; todos habían sido alumnos de la propia institución. En esas ceremonias celebradas en el coliseo de la ciudad, donde comenzaron a realizarse a partir de 1846, la retórica que se pronunció ante el selecto público asistente fue distinta a aquella difundida años atrás, como puede verse arriba.

Los tropos que ahora llenaban esa retórica aún giraban en torno al poder y beneficios de la educación, al amor a la gloria, al progre-

so, al orden y a la unidad.³⁴ Sin embargo, ahora se ponía un énfasis más marcado en la religión y la moral, porque se decía que sólo una educación que no olvidara los preceptos religiosos podía conducir al bien. Se argumentaba por los oradores que no podía pensarse en seguir la filosofía “execrable” de un “socialista” como el filósofo de Ferney: Rousseau. Mucho menos mencionar al “socialismo revolucionario”, pues eran ideas y filosofías que habían llevado a Europa a la convulsión y las elites temían que ese movimiento pudiera extenderse al mundo.

Este grupo, a cargo de la dirección del Instituto Literario de Zacatecas en esos momentos, reaccionaba ante los problemas externos e internos que enfrentaba México con un pensamiento y una retórica más religiosos y conservadores, opuesto al grupo que comenzó a difundir el periódico oficial llamado entonces *La Concordia*. Las situaciones externas tenían relación con la revolución política en Europa y con los efectos de la modernización tecnológica o, en otras palabras, con el surgimiento pleno de la economía capitalista. Las internas eran los problemas locales de crisis económica y social antes enumerados, que hicieron cimbrar, hasta sus cimientos, las bases sobre las que caminaban las elites zacatecanas y las obligaron a su radicalización político-ideológica, es decir, a su rompimiento.

En especial, la causa más profunda de la fascinación y el miedo experimentados por este grupo fue el real y concreto avance de eso que llamaban progreso, modernidad o en pocas palabras, el desarrollo del capitalismo —que no era llamado precisamente así—, y que producía las crecientes tensiones del momento. Pedro Bejarano, un profesor del Instituto,³⁵ pronunció el discurso de premios en 1850. En él expresó parte de las ideas anteriores y puso como ejemplo a Europa:

34 Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana —Tratado de moral pública—*, México, FCE, 1992, p. 35.

35 Pedro Bejarano era hijo de José Bejarano, miembro constante del Ayuntamiento de Zacatecas desde el inicio de la República. Nació en 1827 en Zacatecas; hizo sus estudios de abogacía en el Instituto Literario; al graduarse pasó a ser profesor y también comenzó una activa participación política en diversas instituciones del poder local.

porque la actual situación no es normal, es una extraordinaria situación; tocamos a una crisis, a una de esas horas tremendas en la historia del mundo, en que el trabajo de los siglos se estremece a impulsos de un movimiento revolucionario. Ni se entienda que refiriéndome particularmente a la Europa, sea para nosotros de un pequeño interés esa agitación que la sacude, y que separados de ella por el inmenso océano, podamos desde nuestro suelo contemplar ese espectáculo, tranquilos, unidos por mil conexiones, esa revolución debería afectarnos, aunque otros fuesen su carácter y sus tendencias.³⁶

La sociedad europea, refería Bejarano, dejó de lado la religión, la moral, los valores cristianos y, pese a la apariencia de conducirse a la perfección, en cambio, el abuso de las ideas la conducían a mostrar signos de crisis, de caos, de desorden. Los argumentos de Bejarano estaban apoyados en quien consideraba una autoridad intelectual: Jaime Balmes, filósofo católico español que escribió profusamente en la década de los cuarenta del siglo XIX. Su obra fue bastante difundida en Europa, especialmente entre quienes profesaban un fuerte catolicismo y una moral conservadora.³⁷ Diferente a políticos como Viviano Beltrán o Severo Cosío —que no eran profesores, mas participaban en otros medios del espacio público y habían optado por seguir a autores prosocialistas o simplemente más progresistas—, este otro grupo había hecho la opción por Balmes en esos momentos de crisis. Esa elección se comprueba en los términos elogiosos de su mención en esa pieza oratoria y en la difusión que de los títulos de este autor se procuró entre los alumnos, quienes recibieron de premio libros de Balmes, entre 1850 y 1852.³⁸ Apoyado en ese autor católico, Bejarano expresó en su retórica el temor inmenso ante el posible derrumbe del orden europeo y mundial: “Para todos los hombres previsores es claro como la luz del día que las cosas

36 *Discurso pronunciado por el profesor de jurisprudencia Lic. D. Pedro Bejarano en la solemne distribución de premios verificada la noche del 25 de agosto de 1850*, Zacatecas, Impreso por Aniceto Villagrana, p. 40 [adelante sólo citado como *Discurso 1850*].

37 Jaime Balmes, *Obras completas*, 33 volúmenes.

38 Entre las obras de Balmes que fueron regaladas a los alumnos del Instituto se incluían *Filosofía Fundamental*, *Filosofía elemental*, *El protestantismo* y *El Criterio*, entre otros.

llevan una dirección errada, que si no puede acudirse a tiempo, el desenlace será fatal; y que *esa nave que marcha veloz con viento en popa y a velas desplegadas*, se encamina derechamente a un escollo donde perecerá”.³⁹

El miedo al caos y al desorden era extremo y la ansiedad producida se refleja en las palabras utilizadas y en las imágenes construidas: “Ni creamos *encadenada la tormenta* por los momentos que observemos de una *aparente tranquilidad*; removido el *soberbio edificio* hemos visto bajo de él un *abismo*, y la verdadera paz no es posible”.⁴⁰ Sin embargo, el tiempo era en realidad para ellos de espera a que el mundo retornara al orden y se renovara; era de volver a nacer o dejar que todo se perdiera.

La religión católica era el único camino para la salvación y por eso la educación tenía que ser inspirada por ella.⁴¹ Los estudiantes del Instituto debían entender esa consigna que les era enseñada para difundirla en los medios públicos en los que tuvieran oportunidad de participar en el futuro, bien como políticos o letrados. Porque ellos eran “la última esperanza de la patria” y no habían perdido todavía la fe. Se esperaba que los estudiantes dieran a esa patria, “en estos días que se acercan de angustia y de espantoso riesgo, hijos llenos de fuerza por la virtud y de poder por la inteligencia”.⁴²

En 1851, los temas fueron repetidos con énfasis en la dicotomía civilización y barbarie. La instrucción, argumentó Pedro Sánchez, otro profesor del Instituto, conduce a la civilización. Sin embargo, para que ésta fuera posible tenía que mantener la religión en el centro de sus preceptos. El momento que vivía la humanidad pedía remedios como, “consolidar los verdaderos principios del orden, restableciendo el equilibrio salvador de la verdad con el entendimiento

39 *Discurso* 1850, p. 43

40 *Discurso*, 1850.

41 *Discurso*, 1850.

42 *Discurso*, 1850, p. 46.

de que la enseñanza pública es el medio más eficaz de difundir las sanas doctrinas, por tanto tiempo combatidas”.⁴³

Sánchez insistió en la “misión sublime” que tenían los jóvenes, futuros ciudadanos a los que se estaba formando, pues eran parte de una nueva generación que sucedía a otra, “que desecada por la impiedad, no pudo legaros más que ruinas, porque no tuvo fuerzas más que para destruir”.⁴⁴ Ésa era la perspectiva que los letrados tenían acerca de los jóvenes y sobre la patria para la que, hasta ahí, todo había sido sólo una historia “de infortunios y de lágrimas”.⁴⁵ En esa ocasión, el gobernador también dirigió unas palabras a los jóvenes estudiantes y a los profesores, en las que les reiteró el deseo de que la civilización brillara “un día sobre Zacatecas con todos sus esplendores”. De ese progreso se esperaba que remediara los males del pueblo e hiciera visible todo lo que vale el ser humano.⁴⁶

En 1852, tocó a Pedro Torres⁴⁷, otro profesor del Instituto, confirmar en su discurso la admiración por ese progreso:

Quando ni el sol con todos los astros que le rodean, ni el globo que habitamos con sus infinitas producciones, escapan del impulso que el hombre les quiere comunicar, no pueden anunciarse los límites del genio para inventar, y la rapidez con que se multiplican los descubrimientos es la esperanza de la ventura inefable. Newton, Watt y Franklin, que hicieron concebir esta dulce esperanza al género humano, no morirán jamás, porque consagraron su instrucción al bien de sus semejantes.⁴⁸

43 *Discurso pronunciado por el Sr. D. Pedro Sánchez en la solemne distribución de premios del Instituto Literario verificada la noche del 27 de agosto de 1851*, Zacatecas, Impreso por Aniceto Villagrana, p. 40. [en adelante solo citado como *Discurso*, 1851].

44 *Discurso*, 1851, p. 41.

45 *Discurso*, 1851, p. 42.

46 Alocución, 1851, *Alocución del Exmo. Sr. Gobernador después de la distribución de premios*, Zacatecas, impreso por J. Inés Villagrana, p. 44.

47 Pedro Torres nació en Zacatecas en 1827; estudió en el Instituto Literario; fue profesor y se recibió de abogado en 1847. AHEZ, Fondo Jefatura Política, Serie Instrucción Pública, Subserie Generalidades, caja 4.

48 *Discurso de premios pronunciado por el Sr. Lic. D. Pablo Torres, profesor del mismo Instituto*, Zacatecas, Impreso por Aniceto Villagrana, 1852, p. 34.

Esa perfección material a que hizo referencia Torres y que estaba alcanzando el ser humano, sólo podía ser completa y plena con la perfección moral. Por eso, reiteró en su conclusión el profesor, era necesario recordar que Dios estaba detrás de todo ese avance y que eso debían aprenderlo y tenerlo en mente los estudiantes.

En conclusión, podemos decir que la formación ciudadana ofrecida a los estudiantes tomaba sus bases sobre todo de la tradición clásica republicana. En particular, esto se observa en el énfasis que daban los profesores a la trasmisión de una ética en la que los intereses públicos debían prevalecer sobre los intereses particulares. Sin embargo, a la par, en las ceremonias cívicas se practicaba una serie de rituales clientelares y paternalistas que le daban el toque peculiar a esa formación ciudadana y, finalmente, a la cultura política que se estaba creando y transmitiendo a los jóvenes zacatecanos. Por otra parte, queda claro que estos festejos en el Instituto fueron uno de los medios que incidieron en la conformación del espacio público moderno en la provincia y a los que habría que explorar más —sobre todo para el caso de otros espacios geográficos— para esclarecer con más conocimiento de causa el proceso histórico de México durante la primera mitad del siglo XIX.